JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN

DEL ESPIRITU DE PAZ

JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN

DEL ESPIRITU DE PAZ

MONTEVIDEO

MCMLX

Acaso tenía algo de esperanza aquel sueño de Nochebuena que escribiera Rodó, y que fuera según su expresión como un soñar despierto, donde dice de una figura blanca, la de Jesús, y de una sombra negra, que va a su encuentro, la del lobo, que sigilosa, con los músculos en tensión está casi a su lado, cuando la voz dulce exclama: —¡Soy yo!

Y allí bastó aquel acento oído en la soledad, para que la amenazante sombra, que había iniciado su arco en el aire, cayera a los pies de Jesús, transformada en sedosa lluvia de flores blancas.

La misma presencia milagrosa llegó un día a los hombres, la misma dulce voz les dijo: ¡Mi paz os dejo, mi paz os doy!... Pero las palabras quedaron solamente en los oídos, sin que los corazones se deshicieran en una ternura de rosas.

Pasó ofreciendo la paz del amor, que señalaba horizontes de cielos. Pasó entre espadas con el regalo de su misericordia, traicionado por quienes no cejaron en buscar una paz altiva y victoriosa como un trofeo.

Los hombres quisieron y quieren una paz avara, hermética, sólo suya, sorda a los clamores y a los alaridos del mundo. Y han dejado esa imborrable desilusión.

Como garras, como dientes, siguen amenazando sus odios, sus guerras.

Y podía haber habido paz en la tierra y en las almas, una paz sin quebrantos ni fragilidades, porque la paz de las siembras dulces habría traído otra vez el paraíso.

Pero, ¿es que alguno quiere esa sana y fresca apacibili-

dad? ¿Alguno anhela poseer una alta plenitud de sentimientos y ayuda a hacer suya y de los otros, la preciosa, infinita, delicadeza de corazón, que puede hacer hermanos a los enemigos?

¡Oh Dios, haz que a mí mismo haya paz! Que la paz, que es gracia de las gracias, sea el sueño de oro de todos los hombres. Que la paz llegue hasta a los que no quieren paz, como vence la aurora a la noche. Que la voz dulce quiebre todos los orgullos y que los odios se hagan polvo antes que los huesos.

Así, los hombres, ciegos peregrinos, que andan abrumados con la conquista de sus conquistas, no sigan malbaratando sus talentos con tergiversadas ansias, ni desorientando sus derechos. Que piensen ya en la buena esperanza y entiendan que de la hora breve nace la eterna y que la paz del tránsito es albor de la otra.

Acaso lleguen entonces a una piedad sin normas, a una generosidad sin trabas ni tampoco trompetas, sin lógica, sin muros, y que la piedad de un corazón que entiende y de unos brazos que se abren, se comunique a todos, para que el mundo adquiera un positivo sentido de unidad.

No pensemos más en la paz como clima de beneficiosa insensibilidad, ni se le dé un valor de ancla, ni de calma lacia, ni de refugio, y como de parálisis para el alma.

Y que cada uno, para que sea entre todos, haga en sí la armonía de la superación, como aquellos que han hecho de la tierra espejo de lo de arriba.

Pero, ¿llegamos entonces, ya, así, a la paz fácil?

Juan el Evangelista pedía a los hombres una bondad de obras, y que ésta respondiera a verdadera bondad de corazón. ¿Hay más deber que gracia, o más gracia que deber, en esa bondad? ¿No comprenderemos nunca que la vida, re-

galo divino, obliga a aceptar y a entender todo, sin apartarse de una permanente gratitud, y una purísima aspiración de bien, que harían partir siempre hacia los seres y las cosas con el espíritu límpido, como lazo entre todos los hombres?

Y tendríamos entonces la paz fácil que no se encuentra, pero que están ofreciendo los que no exigen ser amados para amar, sino que aman hasta a los que no los aman: los que se alegran con la alegría de los otros, que así es como la hacen también suya: los que sufren con los que sufren y enjugan aquellas tristezas, y las comparten con una ternura, que es canto en el alma. Y esa es paz.

Es la paz fácil de los que comprenden hasta a aquellos que carecen de comprensión, de los que saben poner calor en el perdón y dulzura en la lástima, y que no conocerán nunca los que están en las posiciones contrarias, vanidosas y estériles, relumbrantes y egoistas, ásperas, inútiles o violentas. Ni tienen paz por lo tanto tampoco los que afilan las espadas, los que arman las trampas, los que traman los males y preparan los desastres, los que inventan o precipitan las guerras, ni los que se enfrentan por el demonio del cetro.

Amemos y busquemos la apacibilidad venturosa, que es el íntimo milagro de la vida, y que está en la raíz de una ternura sostenida, en un estado de alma fraternal, por el que jamás podría pasar una idea de rivalidad, ni de dominio, por fugaz que fuese, ni de finalidad, ni de odio.

Pensemos, pues, en un estado de alma amigo, tal como lo dijera la insigne poetisa chilena, sano estado de alma, puro, que nos haría hablar a todos con palabras de hermanos y como desde la penumbra de la tarde para que se borrara nuestro rostro, velando la voz, para que se confundiese con cualquier otra voz...

Y sería en esa unidad dichosa, en esa intimidad purísima, en la que se iría haciendo un mundo nuevo, una humanidad

mejor, con su sentido de amor ilimitado. de voluntad angélicamente humilde y de crucifixión.

Asimismo, algunos o muchos, pensarán que esa paz corresponde a un estado de alma excesivamente dadivoso, y hasta quizás antagónico al que en su mente despierta la idea de felicidad. Ellos son los que buscan trocar una paz ideal. casi sublime, por una paz muelle y cómoda, porque piensan como aquellos salvajes de la leyenda, cuando pedían a sus dioses, a fin de cumplir sus deberes, que éstos no parecieran escritos en las altas cumbres de las montañas.

Para muchos la felicidad está, pues, en la levedad, en cierta inconsciencia, en cierta inconstancia, que ayuda a resbalar sobre las cosas. O está únicamente orientada hacia lo próspero, y quieren llegar glotonamente a los términos que su interés, su orgullo o su vanidad han fijado. No ven que la felicidad mayor está en la transparencia de un alma purísima. No la conciben en la dulzura ni en la conformidad, ni támpoco, por lo tanto, como remate de tiempos ejercitados y de cruz.

Sin embargo, la placidez, divino sosiego, suele ser un estado de alma lejano a los ajetreos de la tierra, claridad, o perfección, en el que se acepta y compensa lo que infructuosamente ha podido quererse y no ha debido quererse, y es ya como música serena no turbada por el mar agitado que rodea, ni así por los vendavales de la tormenta humana, ya que nace de la justificación y es fruto del examen del alma.

Así, la paz interior no tiene nunca carácter ni significación de escudo, ni de cosa que defienda. Existe como estado correinante de las potencias más altas del individuo, presencia dentro de uno mismo de una aptitud armoniosa para el

cultivo de la belleza del alma, generosa y pura, como de flores del agua.

Ella no es por lo tanto efecto de una resultancia casual ni de intermitentes acciones buenas y de pensamientos carentes de ilación, aunque bellísimos, sino que nace de la permanente manera de identificarse con lo bueno, y de no evadirse de esa posición ceñida y firmísima, ni para ponerla en la balanza bajo el influjo o tentación de algún halago. Y no existe tampoco por automatismo, puesto que siendo un estado de paz substancial, es un estado de paz renovable, que no se posee estancado, ni se ha ganado una vez para siempre, siendo así fermentario vivo de belleza, de piedad, de bondad y de gracia.

Sin embargo, porque cada ser posee, desde luego, los resortes invisibles y secretos de sus palabras y de sus actos, sabe las raíces de sus sentimientos y de sus móviles, y no se engaña respecto a sí como se engañan a menudo los otros, a veces la paz que asoma a su rostro, puede no hallarse lamentablemente en su corazón.

Distinto es el problema de la paz social, es decir, de la paz entre todos, ya que las apariencias ayudan al entendimiento, y los vínculos, aún interesados, preparan la apreciación y crean un amable estado de cosas, y, no porque la sinceridad no sea apreciada, sino debido a que el mundo se siente satisfecho, sin necesidad de llegar al lado opuesto de las apariencias, y se entiende con las palabras, como con la levedad y el encanto que insinúa lo afectivo.

Felices los que ayudan a extender esa paz. Felices, sobre todo, los que han ganado su paz. Felices los que la merecen. Los que han llegado a la difícil paz. Porque dentro de uno mismo las exigencias son más sutiles, las verdades tienen que ser más verdaderas, para que el ojo instrospectivo no descubra

la sombra de una sombra, ya que solamente una paz clarísima es paz. . .

Y, esa paz ha de darla el juez severo e implacable que es la conciencia, ese juez que pronuncia palabras de trueno aunque quiera y busque perdones; y que no exime con una verdad aproximada, por lo cual ahonda con el escarpelo antes de conformarse. Es así un juez que nos impele a vivir una vida de sostenidos desvelos, de largas paciencias, de costosos y sinceros perdones, y de virtudes y méritos y bellas inclinaciones y actitudes perfectas y sin cuenta. Por eso ninguno logra su paz, sin haber hecho florecer el corazón, tal como florece el corazón de las imágenes.

Sin embargo, la actitud o posición espiritual que hemos conquistado, o que estamos mereciendo, sería una mera ilusión si pretendiéramos aislarla en nosotros, ya que no sabremos poseer una paz absolutamente nuestra. Porque, aunque Marco Aurelio aconseje de no fiar a nadie nuestra paz, la paz no puede resolverse en forma de monólogo. Por nuestro espíritu, como por el milagro de un lago tornasolado por el azul y los vientos, pasan de contínuo todas las preocupaciones, las penas y las alegrías de los otros, de los que nos rodean, y aún de aquellos de quienes no podemos representarnos siquiera los rasgos de sus caras. Y, ¿no presionan en nosotros, como si viviéramos las vidas ajenas? De ahí que no podamos tener una paz totalmente nuestra, ni podríamos aislarla como tesoro de dicha, ya que en parte es reflejo también, que llega de afuera.

Por eso, a las condiciones intuitivamente plácidas, a la flexibilidad propicia y venturosa, a la elevación santificadora y al resultado de las luchas sostenidas en las apretadas vías de la severidad, es decir, a la vida mejor vivida interiormente, habrá que agregar siempre el sentido del vínculo, puesto que no hay paz verdadera para el que no ha entrado en las tremendas experiencias de la solidaridad y para quien no se abisme así en

las raíces vivas y esenciales del ser como ser social; porque no hay paz para el que no llega a darse de alguna manera a ese sacrificio de la sangre del alma, del que habla San Agustín.

Dichosos pues los que saben darse así de una manera perfecta. Dichosos los que tienen conciencia del deber, y a él no renuncian nunca. Dichosos los que están en las cosas sencillas, los que no precisan del auxilio del renombre o de la fortuna para sentirse colmados, y cultivan el bien por el bien mismo, y en él despliegan sus facultades y ensayan sus esperanzas..

Es también precepto máximo para la felicidad quedarse en lo alcanzable. Que el sueño siga su alto curso, pero que conformen las horas humildes y no desesperen las graves. No condenemos pues, la conformidad nobilísima, generosa, tal vez también balsámica, que no deja enturbiar la íntima placidez del alma.

A esta conformidad no debemos darle el sentido de resignación inerte, sino el sentido activo, alado, de quien vive con espíritu de oración.

Y para ello consagremos nuestra vida a hacer hondo el surco de lo cotidiano, a hacerlo bueno, útil, que esto nos hará más ricos en nobles impulsos y nos ayudará a esperar su continuidad, con la alegría del pájaro que despierta al día.

¿Acaso no es bello también, lo intrascendente?

Una vez, en la vieja China de los mandarines, de las literas y de los kimonos, Confucio pidió a algunos de sus discípulos, que expresaran su deseo como si ese deseo fuera a ser atendido. Eufóricos, o gravemente ellos iban pidiendo honores, conquistas, poder, misiones supremas, mientras el sabio de suaves maneras, los escuchaba sonriendo imperceptiblemente.

Y así fue hasta que correspondió hablar al último de ellos, a Tsäg Hai, que advirtió como para excusarse de la humildad y pobreza de sus sueños, que su deseo era muy distinto, y dijo entonces: —"Lo que yo quiero es ir en estos días de primavera a bañarme en el río con cinco o seis condiscípulos y seis o siete niños; y luego gozar de la brisa tibia entre los árboles, y volver a casa cantando. . .". Confucio, que lo oía complacido, suspiró diciéndole: —"Te doy mi aprobación".

El joven discípulo no quería ser rey, ni gran sacerdote, ni guerrero, ni pensaba en ejércitos, ni en palacios, ni pedía vasallaje alguno, ni siquiera el premio de la sabiduría o de la grandeza. Su deseo estaba encerrado en una dulce hora de paz. Pensaba en ese tiempo sin complicaciones que no se tiene en cuenta. Le bastaba disfrutar de la tibieza de la tarde, hundirse en la onda cristalina, percibir la diafanidad embalsamada de la primavera, estar en la grata compañía de los amigos, escuchar, como en una fiesta, el entusiasmo comunicativo de los niños, y regresar a su casa con el corazón gozoso, con la mirada clara, como si ya viviese la línea ascendente de convicciones, de interrogantes, de esas pagodas doradas de luna.

Y Tsäg Hai hablaba así, porque había tomado el camino de la felicidad.

Saber estar conforme tal vez signifique tener la llave de la dicha. Es el pensamiento maestro de la felicidad. Porque si a veces da una dicha un poco melancólica, ella no vela ni disminuye su profunda placidez, ni la finísima y segura presencia de un ideal en el alma.

No ambicionemos privilegios —esas flores de hermosa apariencia, pero cuyo perfume traidoramente daña—; vivamos humildemente en santa paz con los seres y las cosas; y esperemos confiados, y, amándolo, el regalo de esos días sin abalorios en los que no pasa nada.

La vida es bella mientras la tentadora manzana no nos desasosiega y desvía. Es bella mientras nos sentimos al abrigo de las inquietantes culpas. Mientras todo se puede seguir viendo con el dulce color de los buenos deseos y de las buenas intenciones.

Amemos la vida tal como debamos vivirla, tal como nos toque vivirla.

En algún momento Francia hizo legisladores a dos poetas, tal vez por consecuencia a su idealismo latino. Y ellos, con su sentido de la poesía y con pensamiento más delicado que práctico, propusieron que la palabra "amor" fuera incluida en los códigos, como una de las obligaciones conyugales.

La proposición no resistió un análisis lógico; pero, si existieran fórmulas de realizar así los ideales y, una bella doctrina al hacerse ley no diera rigidez a los sentimientos, si pudiera admitirse el planteo de lo objetivo en lo subjetivo y el procedimiento no anulara la gracia del amor, ni de la comprensión, ni de la conformidad, el mundo tal vez sería feliz.

Pero el método no es ese. O más bien, ningún método puede hacer culminar la excelsa aspiración de dar una felicidad, así ordenada y como obligada, por decreto. Es verdad que el mundo tampoco es voluntariamente feliz. Se resiste a serlo. Desecha toda conformidad, retacea el amor sublime. y no acepta la felicidad que tiene a mano. La raíz de su mal está tal vez en su dificultad para hacer humildes sus deseos. dificultad para las cosas cercanas, y en que, sin darse cuenta, busca como una suerte opuesta, como una suerte enemiga.

Los hindúes pensaban que esta humanidad ciega y doliente estaba obedeciendo a un mandato de Attavada, aquel primero de los ángeles malos que Mara –la ilusión– envió a la tierra. Y que los corazones que escucharon sus palabras no dichas, se hicieron lerdos para amar, y que las mentes, atentas a las esperanzas trágicas que les presentaba, se llenaron de ma-

licia, dispuestas al placer morboso de arremolinar tormentas. Y que de ahí nació esta sociedad anti - social, este conglomerado de antagonismos y la posición mental de rivalidad y de antipatía, que incitan continuamente a un movimiento suicida universal. Porque, ahora, aunque Mara y Attavada no existan sino como personajes de mitos, sigue existiendo aquella injustificada razón de primacía, la propensión a la culpa, que hace el permanente juego de las avideces y de las trampas, de los engaños y las injusticias, que no se explica, y que hace al fin, la desgracia de todos.

Gracián veía el mundo como una armonía de desarmonías. Pero, es armonía siempre que las partes no rompan la unidad, si el orden no es menor sino mayor, y si esas desarmonías tenaces, insistentes, no vuelven el concierto, batahola. Porque no es armonía un conjunto de desacuerdos tales que lleven al malestar, y si éste no es superado nunca. Sería armonía si lo distinto fuera comprendido y respetado, y no hubiera que imaginar una engañadora capa social cubriendo un tremendo mar de fondo.

Armonía es lo que se constituye con partes que se complementan. Es el encanto de un paisaje cuya diversidad está formada por elementos que no chocan entre sí ni se molestan: o, como en un rostro donde los rasgos dan impresión de belleza debido a que ninguno desentona. Y la sociedad no puede ser, ni debe ser, sino el resultado de grupos que sirvan, se ayuden, se entiendan, se ordenen y se complementen, dentro de la finalidad general.

Pensemos pues, que la sociedad debe tender a ser aquella armonía que soñaba Pí y Margall, cuando hablaba del ideal de una sociedad basada en el consentimiento mutuo y en el recíproco y amoroso acuerdo.

¿Su interés no ha de residir lógicamente, entonces, como en cruzados acuerdos? ¿Convivir no es partir de un principio mo-

ral, por lo menos, de buenas intenciones y buenos deseos?

Y, si no todos están en condiciones de exclamar con San Pablo: "nos maldicen y bendecimos", están obligados a contribuir a la fácil cordialidad, que dispone para los beneficios invalorables de la simpatía.

Es torpeza empeñarse en lo contrario.

Tiene que tomarse como ineludible exigencia social el respeto, la solidaridad y la colaboración, y desde luego, la sociedad debe sentirse, en cierto modo, como una hermandad. ¿No es la única posibilidad de hacer tolerable este mundo difícil?

Pio XII hablaba de cinco victorias que consideraba indispensables en esta hora inquietante. Y decía entonces de la necesidad de vencer el odio, la desconfianza, el utilitarismo, la injuria y el egoismo.

Y, en verdad, ¿podría lograrse ese bienestar universal, del que todos hablan y sobre el que insisten como si lo quisieran, mientras los hombres se aferren a actitudes egoístas, y mientras no estén dispuestos a ayudarse, ni aún a tolerarse, y sigan remontando afanosamente ambiciones y, mientras hagan de sus éxitos su brújula única?

¿Puede soñarse con la unidad, si cada uno quiere y se empeña en ser y actúa, como si fuera el único hombre de la tierra?

Pero si se reaccionara a fin de hacer de la bondad una virtud realmente activa, cambiaría la suerte del mundo. ¿Qué problema no se solucionaría, por engorroso que se presentase, si los hombres admitieran la bondad y la ejercieran y quisieran hacer de ella su finalidad y su camino? Pero el error tre-

miendo consiste en creer precisamente que la bondad perjudica, que debilita una posición, y, buscar así las formas duras, egoístas, recias, fuertes. Sin embargo, no debiera olvidarse que Martí, el héroe de la libertad cubana, sostenía que no ser bueno era estúpido, añadiendo todavía siempre dentro de la misma convicción, que los estúpidos no son nunca buenos.

Y en este orden de ideas, debemos suponer que la maldad es una torpeza, que es el resultado de una deficiencia mental y, que, por lo tanto, debía sentirse disminuido aquel que no supiera actuar en forma justa y bondadosa.

Da la medida de esta verdad que venimos sosteniendo, aunque dentro de los límites relativos que ofrece todo ejemplo, el triunfo de Siddartha sobre sus rivales, en aquel torneo disputado por la posesión de la dulce Yâsadhora.

Sucedió en el lejano tiempo de los sakyas, aquel pueblo que decidía sus diferencias, es decir, las rivalidades, o ambiciones de los hombres, en lizas adonde habría de probarse la superioridad de los aspirantes, ya demostrando una inteligencia ágil, o una pujante voluntad, serenidad, fuerza, y, condiciones, en fin, que aquel pueblo tenía por primordiales, aún dentro del orden social. Y, hasta las bellas novias eran disputadas entonces como trofeos, ya que ni ellas, ni ellos, podían decidir de otro modo su destino, y no se tenían en cuenta ni las condiciones físicas, ni morales de los individuos, ni su alcurnia, ni los dones de su talento, ni la pasión, ni las palabras que sugestionan y embelesan, ni esas valorías que se fueron consolidando con los tiempos.

Y, en aquella ocasión llevaban ya siete días de cotejos, de hazañas que maravillaban y, en las cuales, evidentemente Siddartha mostrábase ya el triunfador, puesto que había vencido a sus rivales en el tajo, en el arco, en la carrera, ya que era fuerte su hacha, acertada su flecha, y grande su dominio de jinete. Pero faltaba aún la prueba de la doma, y ha-

bían caído todos cuando tocó a Siddartha hacer frente a un animal que los espectadores, vieron "negro como el pavor", con "hígados que eran una tormenta". —tal la expresión del relato—, y que, receloso y empacado, se aprestaba decidido al ataque. Y cuéntase que Siddartha no le dio tiempo. Que de un salto estuvo a su lado, que acarició con mimo su cuello, pasó los dedos suavemente y ligeros por las crines, palmeó los ijares, y desarmando así su prevención, montó al potro, que obedeció en seguida a su mano de seda.

A veces, pues, la bondad conquista. A veces, además, educa. Así, de las luchas físicas pasemos al salón de clase de un convento, donde Anselmo, aquel extraordinario monje, dictara su cátedra, y nos hallaremos con un ejemplo distinto, pero evidente, de esa bondad, aquí paciente, comprensiva, de una inquebrantable mansedumbre, haciendo frente al encono, a la envidia y al odio.

Observamos al discípulo que, sin poder soportar la superioridad de un profesor sabio y erudito, más joven que él, se indigna, y recurre a la mofa, a la agresividad y a la violencia, sin que sus desplantes hagan perder la calma, de quien, como si no comprendiera, lleno de interés, de simpatía y de tolerancia, va a ir desarmando al perverso, que llegará a convertir un día en su mejor discípulo, y en su más leal amigo.

En ocasiones, la bondad se manifiesta también como generosidad, como desprendimiento. Es Anicio, el que en horas en que Roma pasa hambre, y cuando por ello, han sido expulsados de la ciudad los extranjeros, que vagan por los campos alimentándose de raíces, y ante la insensibilidad de la mayoría de los romanos, entrega todo su dinero, sus joyas, sus muebles, para paliar la situación, incitando a otros a hacer lo mismo, y logrando con ello comprar trigo, a fin de recibir a los hambrientos.

Otras veces son hombres de ciencia los que dan ejemplo de una bondad abnegada, sacrificada. Y se piensa en Pasteur.

O es San Francisco cuidando a los leprosos en tiempos en que se huía de ellos. O es San Carlos Borromeo, o San Francisco de Sales, o San Antonio Claret, o en Sor Juana Inés de la Cruz, asistiendo a apestados, con riesgo de sus vidas y, a veces, muchas veces, muriendo en el deber. O es la bondad de un heroísmo más fulminente, de quienes entran en el fuego, o en un naufragio dan su salvavidas, o su puesto en el bote.

Pero, recapacitemos. Y confesemos que los admiramos, porque esas actitudes nos sorprenden, y porque nos hemos acostumbrado a admitir y a tolerar que la humanidad permanezca comúnmente en los puestos a cubierto, contra los que prevenía Platón.

Sin embargo hay actitudes que pudiendo tenerse todavía casi por puestos a cubiertos, porque no significan sacrificio excesivo ni menos de vida, sirven a la humanidad. Hay pues hombres generosos con sus dineros, que dan más de lo que se espera de ellos, o que dan su tiempo y su talento sin retaceos. Y a veces que, desde su sitio anónimo ofrecen soluciones inesperadas.

Así fue una vez en Asia, cuando un periodista tuvo la visión clara de lo que debía hacer la prensa, mientras dos pueblos llevados por múltiples, enojosos episodios estaban ya casi en guerra. ¿Acaso los periodistas de ambos pueblos, no podían llevar a la calma? Y se comprometieron a no publicar sino artículos pacificadores, a no escribir ninguna nota violenta, de esas que las gentes no entienden y tergiversan, y enojan, y ya no se escucharon sino discursos prudentes, ya no se escribieron sino editoriales serenos y medidos, que trataban las diferencias con altura, quitando importancia a los hechos que antes exaltaban.

Podría pensarse en el genio del bien. ¿Acaso él solo no había vencido la posición enconada y por él las divergencias no se habían ido convirtiendo en deseos de entenderse? ¿No había conseguido que se pronunciaran esas palabras fascinantes, que incitan a querer no sentirse enemigos?

Porque los mismos que estaban dispuestos a matarse, serenos volvieron a cruzar las fronteras para cambiar sus productos, para ayudarse en las tareas, para restablecer los intereses comunes, y como hermanos, como amigos, pasaron juntos de nuevo los atardeceres festivos, y sus niños hicieron una sola ronda.

Una buena palabra pronunciada a tiempo había hecho reconquistar su espíritu cordial, y los campos que iban a ensangrentarse reverdecieron con el color de las siembras, se enriquecieron con el color de los vellones.

Es más fácil, sin embargo, que esa dirección espiritual sea imprimida desde arriba, y que sean los que gobiernan los que conviertan a un pueblo en potencia agresiva o pacifista.

Así, cuando Francia gozó de la acción eficaz de San Luis, no era ni mejor ni peor que en otros tiempos. Pero en medio del turbulento y bravo medioevo, mientras imperaban las armas, Dios dio a aquel reino un monarca piadoso, austero y de una bondad ejemplar. Fueron pues sus virtudes las que vencieron a los hombres y a los pueblos, que pronto admiraron su templanza, su mansedumbre, su rectitud, su comprensión y, que lo quisieron tener por juez en todos sus litigios, por padre en sus momentos angustiosos, por guía espiritual. Tenía el talento de saber llegar al corazón del pueblo, y trató de hacerlo feliz, enseñándole a no ambicionar ni riquezas ni tierras, o logrando que fueran devueltas las que malamente les habían sido dadas por la fuerza. Y así su justicia ayudó a la felicidad común y creó una paz sin odios.

En el Lun - Yu, el célebre libro de las conversaciones filosóficas, decía Confucio: "Gobernar su país con la virtud y la capacidad necesarias, es parecerse a la estrella polar, que

permanece inmóvil en su sitio, mientras que las demás circulan en torno suyo y la toman por guía".

Y el sabio de Lu buscaba, por todos los antiguos principados de China, a un gobernante que quisiera administrar y regir sus estados por las normas de la ética y no por las del egoísmo, para que el pueblo, ante el ejemplo del gobernante, no actuara movido por el miedo a los suplicios, sino por la vergüenza de no seguir ese modelo de virtud.

Mas, ¡ay! Confucio entonces no encontró tal príncipe, que buscó por todos los estados del norte del río Amarillo y cuando llegó a las riberas de ese río tuvo un último gran desengaño. El gobernante a cuyo estado se encaminaba, mandó matar a dos de sus discípulos.

Tristemente, entonces, murmuró, sin poder seguir: "Puesto que ningún príncipe de esta época tiene inteligencia para comprender la necesidad de la virtud, más vale que me muera, pues mis afanes no me conducirán a nada".

De estos dos ejemplos, uno nos da a la nación que vence sus errores, el otro a países donde los males no se desarraigan.

Meditemos en esa virtud triunfadora, que lleva al orden, al bienestar y a la felicidad común; y en como el desdén y desprecio de la virtud, es raíz de toda anarquía y de todo crimen.

Pero, a veces, sin que los pueblos hallen gobernantes tan rígidos y austeros, como el modelo del ideal confuciano, ni estadistas preparados especialmente para la cosa pública, en escuelas como aquella que el propio maestro fundara y adonde se aprendiera a gobernar con acierto y probidad, hallan a quienes por sus condiciones de prudencia y sentido moral saben hacer la felicidad de una época. Generalmente éstos son el producto de una cultura, y sin descollar como quienes abren vías, ni ejercer por lo tanto, una novísima bella presión, llegan

a obrar como por coincidencia, representantes genuinos de un momento, en el que la pacificación existe como en el ánimo de todos. No se trata, entonces, de gobiernos innovadores, sino de buen sentido común. Y en esos dichosos momentos la humanidad disfruta de la tranquilidad que ella merece.

¿Es que podría acaso decirse ahora, que, desde el novecentismo no se ha vuelto a conocer ningún auténtico tiempo de paz, como si los pueblos hubieran perdido su derecho a la paz? Y, ¿si nunca más se ha vuelto a aquella tranquilidad, y todo es angustia, ha sido y es, a causa de las largas y penosas aventuras de sangre y cieno que conoció el mundo? ¿O es que intervinieron otras causas?

Porque, si meditamos, en aquel novecentismo tranquilo, vemos que tampoco la paz era total. Existían zonas de fuego: inquietaban Port - Arthur y los problemas boers, así también como en otros aspectos las revoluciones americanas. Pero existía un tono de paz, un orgullo de paz, o la vergüenza para algunos, de no saber mantener la paz.

Es que entonces se tenía confianza en la paz. Había amor a la paz. Y, mientras se vivían ya como horas de anti - ciclón y se iban amontonando las nubes, o se gestaban imposiciones, los hábitos eran todavía sosegados y los pensamientos menos aventureros que los de ahora.

Pero, ¿no era así, porque se había inculcado a aquellas generaciones el amor a la paz y sus mentalidades estaban entonces hechas a lo que llamaremos la dicha de la calma?

Dice Rodó: "Perdura en las paredes del vaso la esencia del primer contenido, de modo que el licor nuevo que viertes se impregna de esa esencia...". Y, a principios del siglo XX se había enseñado amar la paz, y esa enseñanza perduró durante algún tiempo. Tuvieron que producirse desastres para que una modalidad nueva, mezclándose como el nuevo licor

al antiguo, fuera poco a poco haciéndole perder su aroma y su fuerza.

Se tenía confianza en el derecho, y enorgullecía a los hombres imaginar que estaban creando una civilización superior, y una cultura de cimas.

¿No hubiera parecido recaer en la barbarie, abandonar aquel intelectualismo constructivo en el que se cifraba el bienestar y la felicidad del mundo?

De ahí que se conservara ese equilibrio como una valoración preciosa. Que se buscara sostener la paz. Y que la prudencia, que hace venturosos a los pueblos, los ayudara a vivir en una paz sin grandes exigencias y sin audacias, de pensamientos respetuosos, de evoluciones lentas, como consecuencia de una modalidad que acaso respondiera a lo que podría llamarse sabiduría social.

Los pueblos suelen alentar inspirados entusiasmos y también a veces prudencias salvadoras. Arrastra a todos la convicción del necesario sacrificio heroico y conquista la virtud de una indestructible comprensión a manera de sustractum de paz y de felicidad. Al primero suele dársele carácter de instante sublime, y se piensa en un arrebato redentor. Pero el segundo significa la forma natural, lógica, ejemplar de vivir. Son entonces los días afortunados que pasan enhebrando sus crestas luminosas, aplacadas las rivalidades, con un sentimiento de unidad, que se vuelve sosiego común. Si aquella comunica a todos como una artificiosa voluntad de fuego, ésta es hora de florecimiento, anónima hora de siembra, de tradiciones, de contemplaciones, de labor y de rendimiento. Y si, el comienzo del siglo ofrecía muchas de estas características, hay que reconocer con todo, sus verdaderos errores, y además, que esa estabilidad estaba costando demasiado cara a algunos. Porque desde el imperante individualismo de entonces, desde el positivismo en boga, desde nietzschismo, y egoísmo, o in-

sensibilidad, de ciertas capas sociales, se paladeaba el clima sereno cargado de actividades espirituales, si bien con la conciencia de su valor, sin asomo de piedad, porque se cuidaba aquel tesoro como la consecuencia de un derecho, sin haber adquirido en verdad un sentido realmente justo de la justicia.

¿Qué estrategia se había usado para no perder esa ilusión y ese orden y para no convulsionar en forma alguna al mundo? ¿Se contaba con una conformidad tributaria?

Pero, el lazo de aquella unidad era precario. La calma se debía sobre todo a lo que pudiera llamarse espíritu de elasticidad de las masas y a que esas fuerzas decididoras eran creyentes, a que poseían una religión y a que eran por lo tanto de modalidad y finalidad pacíficas.

Ellas cumplían así con evangélica docilidad su parte de esfuerzo, y vivían sin envidias, conviviendo afectuosamente con los que iban siendo beneficiados en el juego de las diferencias. Pero, lo que debió advertirse, no se advertía. ¿No hubo inconsciencia, pues, en quienes por tener las responsabilidades, ya fuese por su cultura, por su posición social, o económica, por su inteligencia, o por sus cargos en el gobierno, no tenían derecho a la ceguera? Pués, ¿qué hicieron en su hora cómoda aquellos a los que la suerte se estaba brindando? ¿Comprendieron acaso, que, toda esa tranquilidad, esa dulce dicha, podía venirse abajo como un simple castillo de naipes?

Vivían despreocupados, sin pensar que los que estaban en la lealtad, en la bondad, en la buena fe, podían un día dejar de estar conformes.

Y fue así.

Una voz, o muchas voces, o una doctrina, sacó de su conformidad, de su complacencia, o estado de gracia, a los que estaban en los sentimientos puros, asombrándolos como clarín que despabila, con el programa de una nueva justicia social. Y la mesura se convirtió ya sorpresivamente en apuro de posesión, en sed de placer, en manifestación de protesta, en actitud exigente, y, los sueños tan místicos hasta entonces, perdieron su carácter, al quedar trocada su infinita dulzura,

su ilimitado idealismo, bajo la garra de matemáticos y presionantes intereses.

La evolución fue total en casi todos los pueblos. Pero no entendieron igualmente el problema. La idea predominante, preferente, fue la de aminorar y, tal vez suprimir, las desigualdades entre los hombres, quizás con una teórica idea de paz para todos. Pero, ¿se supo presentar con el radiante porvenir que se soñaba, la solución de una realidad, tal como se quería?

Desaparecieron, en efecto, gran parte de las desigualdades económicas, se aplicó un amplio sentido generalizador a la cultura, las posibilidades políticas, menos herméticas, al omitir jerarquías intelectuales, abrieron campos a las mayorías, y, la palabra democracia, tan llena de justicia social, comenzó a ser vivida con una esperanza de bienestar común. Pero los corazones, tal vez, no captaron que los nuevos derechos, como las nuevas obligaciones, debían seguir siendo austeras en su fóndo y en su forma, y que había que aplicar también a la nueva escala social un gran deseo de entendimiento, de simpatía y de paz.

Pero no pudo ser así, porque las evoluciones tienen que ser lentas para que ejerzan su potestad en los pueblos. Son las lluvias mansas las que penetran hondamente, y las ideas apuradas resbalan, como las aguas del aluvión, que corren sin hacer fructificar la tierra. Y así, la pasión dejó perder muchos brotes que pudieron ser redentores.

Sería simplista hablar de causas únicas, puesto que las dificultades, como los desentendimientos, son siempre complejos. Pero en aquel momento, existió la razón poderosa de la flamante desconformidad.

¿Pudo tener también esta desconformidad diversos orí-

genes? ¿Pudo ir naciendo de razones complejas? ¿Nada tuvo que ver en ello la ambición recién descubierta del goce del oro?

Hasta entonces habían sido muy grandes las desigualdades económicas, pero asimismo se toleraban, o se estaban tolerando, y, dejaron de tolerarse, precisamente, cuando disminuyeron. ¿Qué consecuencia podría sacarse de esa realidad? Acaso que, lo que creó el desasosiego fue la manera de quedar establecida la diferencia que no había podido ser subsanada.

Antiguamente los ricos, por lo menos en nuestro país, llevaban una vida austera y pudiera decirse que silenciosa, con sus caudales guardados en cofres, o colocados en campos que no se veían, con casas inhospitalarias, incómodas, sin sospecha del bienestar actual, con sus diversiones espaciadas y, cándidas o, recatadas, gozando de unas pocas de noches de teatro en el año y de un aburrido y moroso paseo en volanta o en cupé, a saltos sobre el empedrado. Y eso era todo. Pero ahora se ve lujo. Ahora se aspira a tener coches que pasan como una exhalación, como una insolencia, como un escándalo, por los barrios tranquilos, en los que se soportan privaciones y se conocen trabajos; e importa y duele su burla ante los grupos que están fatigados de sudor y de espera; molesta la vida bullanguera y noctámbula de los que pueden hacer de la noche día; se envidian sus posibilidades de despilfarro, sus adormecedoras temporadas de playa, sus saltos de un continente a otro, y tal vez, sus negocios... Y aquella gente que creyó en la igualdad económica, se sintió decepcionada y, más aún, la que creyó que las mejoras monetarias constituían la felicidad.

El gran entendimiento se logra por medio de una igualdad en la que no se había pensado y en la que no se piensa, y que no está en la unidad de las razones materiales y sí de un posible acercamiento espiritual.

Rodó dice que lo bello nace de la muerte de lo útil. Y la humanidad también alcanza su felicidad cuando triunfa en sus idealismos. Hay que cultivar pues la gracia de las cosas y consagrar a ella tantas de esas energías que se malgastan, ya que no sirven siquiera de punto de partida para la felicidad propia, ni dan el lucimiento que se espera, y solamente despiertan indiferencia, cuando no envidia y que llevan a la soledad. Y, si nos colocamos frente a frente a nosotros, sabremos que es hábil también entender a los otros, vincularlos a nuestra vida y darles un sitio en nuestro corazón. ¿Es que los ricos de aquel momento pensaron en esto? ¿Se piensa comúnmente? Sin embargo, gran parte de la humanidad espera estas actitudes cordiales y conciliadoras y sabe que es equivocarse mantenerse solamente en lo útil.

Por desgracia entonces no se entendió nada de esto, ni se entendió a tiempo el valor de la fidelidad, de la abnegación, de aquella sacrificada obediencia, de la sostenida y preciosa humildad. Pero, si se hubiera actuado con verdadero amor, es posible que el orden se hubiera sostenido y mejorado sobre bases perfectas. Y ahora comprendemos que los que estaban en el mundo de las opulencias no pusieron en uso los deberes de la reciprocidad, aún cuando sus riquezas eran a menudo fruto del esfuerzo de otros.

Pero, es que, con frecuencia cuando se está en primavera, con el embeleso del aire fragante y embriagador, por las mentes no cruza el pensamiento de las nieves. Rara vez existe la prudencia de preparar las lámparas... Y así fue en ese momento y, desgraciadamente casi siempre, porque si los hombres pasan, los defectos perduran como si se conservaran los pliegues que responden a ciertas seguridades y a ciertas inquietudes, sin que ninguno se disponga a suavizar las aristas de las relaciones, sin preferir lo que parece candor a lo que es audacia, ni tener por gran privilegio saber amar.

Y parte del bienestar social consiste en llegar a esa actitud, y en prever lo que los otros quieren, o pueden llegar a querer, antes de que lo pidan, y quién sabe si antes de que lo quieran,

y sin esperar para abrir los brazos, a que se inicie interiormente el drama.

Además, ignorar, significa a veces despreciar y mantener esos muros que estorban a las relaciones. Así, ¿qué valor pueden tener éstas, sin ese conocimiento que prepara la flexibilidad y despierta anhelos de llegar a todas las soluciones? Pero, ¿se entiende siempre esto? ¿Se entendió en aquel momento en que los mismos que sentían como irrevocables sus sentimientos y voluntades virtuosas, comenzaron a decepcionarse? Porque el estrepitoso vuelco trajo, a muchos, grandes desencantos. Y lo más grave es que, perdida la unción del bien, no se logró en ningún sentido nada mejor. Porque cuando aquellos pobres, que tan admirablemente habían sabido ser pobres, buscaron la utilidad para progresar, amargaron sus vidas. Creyeron que los intereses iban a darlo todo, espada, cetro y corona y que ellos también se podrían contemplar transformados. ¿Acaso no se vendía todo, no se compraba todo?

Y creyéndolo, la humanidad hizo del oro su ídolo.

¡Qué lejos había quedado aquel concepto sublime de San Francisco, amando apasionadamente la pobreza! Y, desde luego, como se ha dicho, ninguno quiso acordarse ya de que Jesús no había tenido vergüenza de ser pobre.

De un extremo a otro del mundo ya no se luchó sino por la riqueza. Y hasta corazones dulces y dóciles, se fueron convirtiendo en nidos de serpientes.

Cierto es que pudo y debió practicarse aquella doctrina
Pero la bella oportunidad había pasado... No se quería pre-
de que los ricos fueran menos ricos y los pobres menos pobres.
senciar el espectáculo de una igualdad moral, ni de una igualdad de posibilidades, ni de principios, ni de preparación para comprender, ni de preparación para adquirir derechos y responsabilidades.

El oro había provocado como una embriaguez, como una sensualidad, como una locura.

Con cuánta razón exclamó un día con voz purísima, Mertón, desde la lejanía de la Cartuja: "¡Oh Dios, guárdame del amor al dinero, en el que está el odio; de la avaricia y la ambición, que sofocan la vida...!".

¿Habrá que creer en una ineptitud colectiva, y permanente?...

Pero, el pecado de la avaricia se paga siempre de alguna manera. Ninguna forma de egoísmo puede ser justificada. Nadie tiene derecho a negar su apoyo a alguno, a dejar de hacer bien. Repasemos aquella página de oro de los días en que Júpiter y Mercurio recorrían la tierra, a fin de comprobar las virtudes de sus habitantes. Y pensemos en los castigos que dieron, en los premios que otorgaron.

Iban por Listra sin ser reconocidos. Y todos los habitántes, que eran muy duros de corazón, cerraban sus puertas a los dioses, negándoles hospitalidad. Y así recién fuera del pueblo tuvieron la graciosa acogida que esperaban.

Sucedió en una choza despojada y frágil, que, como una ilusión se mantenía en pie entre prados agrestes, y en la que una pareja de pastores, Filemón y Baucis, vivían en la conformidad de una pobreza que los hacía felices. Según Ovidio, vivían en un precioso y dulce entendimiento, obedeciendo las órdenes que ellos mismos se daban, fieles así a su propia conciencia. Y, en medio de aquella paz tan clara, tan pura y tan sana, dieron a sus visitantes la más amable acogida. Les lavaron los pies, humildes y presurosos, les prepararon sus lechos con hojas frescas para que fuera suave el sueño y amable el descanso, y les sirvieron los frugales alimentos que hacían su cena, avellanas y quesos, vasos de rubia miel y cerezas silvestres, y creyéndolo poco, con los ojos húmedos iban a sacrificar ya a su único ansar, cuando los dioses no lo per-

mitieron, y dándose a conocer, les ordenaron que los siguieran, porque iban a vengarse de los demás lugareños de corazones impíos. Y las deidades añadieron: –Viejo prudente y tú, digna esposa de tan virtuoso hombre, decidnos vuestro mayor deseo.

¿No hubiera sido quedarse allí y seguir viviendo aquella misma existencia y suerte? Pero ya un mar revuelto empezaba a invadir la comarca y su choza se transformaba ante sus ojos en un templo divino. Y así vieron cómo los troncos se hicieron columnas de mármol, cómo el techo de paja, era ya un techo de hebras de oro; cómo la tierra de su suelo desaparecía bajo mullidas alfombras de colores; cómo se alzaban flamantes esculpidas puertas; cómo de ellas pendían riquísimos tapices; y se iban haciendo nichos y en ellos se formaban, así como de humo, como de sueño, blanquísimas estatuas.

Y quedaron absortos.

Su choza ya no existía. Pidieron entonces ser los guardadores de aquel templo, y seguir allí juntos, en su mismo lugar, como habían vivido, y morir el mismo día... Y todo les fue concedido.

¿No habían sido los únicos seres dulces y buenos, los únicos generosos, los únicos que daban todo lo que tenían sin pedir nada, sin esperar nada?

Y siguieron pasando así largos años de conformidad y de placidez, entendiéndose como antes, ayudándose siempre, amándose, sin quejarse nunca, años claros con sus auroras dulces, con sus ocasos dulces...

Y así llegaron a la extrema vejez, como habían querido, felices como jóvenes, sonrientes como niños, en paz con todo, dichosos de sentarse uno frente al otro, en el umbral del templo. Así lo habían deseado, y así lo quisieron los dioses, y dieron paz a sus almas, hasta que llegó la hora de que sus cuerpos se cubrieron de hojas, para que sus vidas se perpetuaran floreciendo...

¡Adiós, Filemón! –dijo ella–. ¡Adiós, Baucis! – fue la dulce última palabra que se oyera. Porque ya sus bocas se cerraban, y se cerraban sus ojos despidiéndose, y él apretó la mano de ella, transformados ya sus brazos en dos ramas triunfantes,

y ellos mismos en dos árboles unidos en un arco de amor infinito...

¿Es que los que aman, aman con tanta dulzura y placidez y tanta conformidad?... Y no hablemos de los otros... Sin embargo, son esas virtudes las que hacen el milagro de las relaciones. Ese amor puro y sereno que no siente la asfixia de las privaciones, que sobrepasa los riesgos de la pasión y que triunfa sobre las ambiciones, es el que da paz. Y la felicidad forma parte de esa paz. Esa es la felicidad que alcanzan, a veces, los que tienen fe... Rodó decía: "cuando abandonas el dulce arrimo de la fe, cortas la amarra que mantenía tu nave sujeta a lo seguro de la costa y te aventuras en el mar incierto y sin límites...".

Hay un dulce sueño que es regalo para los humildes y descanso para los poderosos. Recobrarlo es también volver al orden, a la medida, y desechar la vorágine de los intereses que enlodan las almas y enlodan el mundo.

Aquellos que animan pensamientos puros y que no se contaminan con las codicias, envidias y vanidades que viven los otros, guardan intactos sus sentimientos y saben de una larga placidez. Pero, ¡cuidado con la tentación de las apariencias, con la búsqueda, a veces infructuosa, de las posiciones sociales, con el problema insoluble de las comparaciones, que despiertan celos y odios!

Y esa impudicia de la avidez está destruyendo en efecto, no solamente el hogar, el amor y la familia, y la sociedad toda, sino también el mundo entero. Es raro hallar quien se plantea a sí mismo la vergüenza del desmedido interés. Y, ¿en el fondo no es, y no significa, una ridícula, absurda, valorización de sí? ¿O acaso debajo de esa desesperación de altura, de

poderío, de dominio, no se esconde algo semejante al hambre de la selva?

Y, esa avidez, hambre, si se quiere, celos, envidias, ¿no están haciendo enemigos a todos los hombres?

Es un problema que se ha establecido especialmente entre las fuerzas extremas de la sociedad, pero que se filtra en todas partes. ¿Existe, porque se prepara a los hombres para la rivalidad? ¿Porque ha desaparecido el sentido de la convivencia, y del amor y el deseo de servir? Los hombres no se entienden, ni se aman, porque no quieren servirse, ni quieren ayudarse. ¿Tienen miedo de que la fidelidad los disminuya, que los empequeñezca? ¿Se sienten débiles, inseguros, como náufragos?

¿Y es por ello que preparan su estado de guerra?

Son enemigos los hermanos, ocultamente lo son también los amigos; hay guerra entre los miembros de un mismo partido; lucha entre los conciudadanos; entre los que están arriba y los que están abajo; entre ricos y pobres, y cultos e incultos; y, tanto entre quienes están en una misma senda, como entre quienes desean cosas distintas.

Estamos en un mundo de baluartes.

¡Cómo se envidia la suerte de los que tienen suerte! ¡Cómo exaspera el triunfo del que triunfa! No se puede establecer coordinación alguna con tal evidente estado de antipatía y de apetito. ¿Es que alguno piensa en los intereses comunes?

Y, sin embargo, moralmente, todos están obligados a contribuir, a sostener, esos intereses, a colaborar en una armonía, a cumplir lo que podrían llamarse leyes de la cordialidad, y así, a ayudarse, a auscultar los intereses de los demás, a aprestarse a las cesiones, a las contemplaciones, a trocar la permanente mala voluntad, la impermeabilidad espiritual, y desde luego, los necios resentimientos y las estúpidas pequeñeces, por una noble y alta comprensión, que ayude a buscar juntos el bien común.

Pero, desde el comienzo de las grandes guerras mundiales, los sentimientos fueron menos puros, menos buenos, menos confiados, porque fue como si se hubiera entrado en una zona de prevenciones, de rivalidades, de egoísmos, de intransigencias, y de rapiñas. La fuerza bruta concluyó con las altas valorías humanas, hasta con el mismo honor, con la disciplina de los fuertes, hasta con la conciencia del bien, hasta con la ventura de seguir caminos claros. Y el ancho mundo se volvió estrecho, y todos se incomodaron y se peleó hasta con los que no peleaban, porque se pensó que podían llevarse por delante todos los derechos. Y desde ese momento la humanidad vivió el asombro de todas las desdichas. Con indignación se comprendió que ya no servían los tratados; se dejó de respetar el respeto; y lo indiscutible: las virtudes, perdieron su inmutabilidad. Y las naciones y los hombres usaron de todos los atropellos, de los cobardes crímenes y fue el salvajismo generalizado.

¿Quién habría pensado ya que la felicidad está en los ojos de los otros...?

Había pasado para siempre la hora de miel.

Pero, si la humanidad se rehizo del pavor, no pudo triunfar, en cambio, de las enseñanzas que dejó en ella aquel desquicio, acaso ayudada por el cine, mal llamado realista, por el materialismo con su nueva avaricia, con su nueva ambición, y por ese tono de vida más bajo, que, dispuso que se hiciera caso omiso de todo lo que trabara a sus fines.

¿Se puede excusar a la generación, que por alguna causa ha perdido sus ideales, pero que no los ha reemplazado por otros ideales, y deshaciéndose de la vieja moral de una época, no ha presentado otra más vigorosa y digna de perdurar?

Y si este es el legado fatal de todas las guerras, las guerras mundiales, por su magnitud, lo volvieron tremendo.

No corresponde estudiar aquí las razones que provocaron los sucesos, pues para el tema en este libro únicamente interesan las consecuencias, las derivaciones, y, más que las rela-

ciones internacionales, más bien en la conducta de los grupos y, sobre todo, de los hombres, ya ahora en posesión de ideologías violentas, y en actitudes de desconsideración, de egoísmo y de aprovechamiento.

No pensemos así en las que pudieron parecer, o fueron, fuentes del cataclismo, ni en las explicaciones que se dieron, o debieron darse, ni en las excusas políticas o económicas que se dan siempre en esas circunstancias y que contribuyen a formar el espíritu de guerra, pero conviene, a pesar de ello, pensar en la forma en que se volatizó, diremos, aquel sentido de paz que existía en el mundo anteriormente a esa época, puesto que es evidente, que, al terminar el tremendo y doloroso episodio, no se pudo volver a reconquistar ni el antiguo sosiego, ni esa conformidad que hacía apacibles los días, ni la lealtad de las relaciones, ni las amables costumbres, ni las medidas aspiraciones.

Así, cuando la larga, primera guerra mundial, llegó a su término, y cuando los pueblos triunfantes, alborozados, festejaron su hora de recuperación, agitando al aire millones de pañuelos blancos, en señal de júbilo, y mientras se entonaban cantos alegres, y olvidando a los muertos, se batían palmas, no se sabía que la humanidad no iba a gozar, quizá nunca más, ni de su calma, ni de su despreocupación, ni de su antigua buena voluntad, ni de su confianza siquiera, ni desde luego, de su conciencia de paz.

Y esa pérdida de la moral y del espíritu de paz significó para el mundo una pérdida terrible, no comparable ni siquiera a la de sus ciudades en escombros, a la de tantas vidas tronchadas, ni a la de todas las riquezas desaparecidas para la civilización y el arte.

Y fue así, y tal vez siempre es así, porque la guerra, que forja héroes, empequeñece en todo otro sentido a los hombres, dando la impresión de que el valor, fruto del combate, destruye los sentimientos humanos y los sentimientos sociales. ¿Es

debido a que el sacrificio que exige la guerra agota en el individuo su capacidad de sacrificio, y porque la conducta impuesta en esa hora de peligro lleva como a un aflojamiento de la severidad, iniciando en la conducta cómoda y placentera del desquite? Pero, esta reacción fue mayor que nunca, debido al gran incremento de aquella guerra, como fueron mayores también las contemplaciones y excusas que se tuvieron para los que llegaban del infierno bélico, con verdadera avidez de goces, después de haber soportado tan largamente las asqueantes miserias del campo de batalla y de haber tenido que aprender a matar. Además, cuando se exagera la bellísima y piadosa tolerancia, la balanza se inclina fácilmente al lado opuesto. Y se tuvo tolerancia, una gran tolerancia, para aquella juventud que había sido arrancada a sus hogares inesperadamente, con sus ideales todavía en flor, con su moral limpísima y con sus sentimientos aún plenos de candor y de ternura. Pero, lo grave es que de esa simpatía que hacía disculpar todo, se aprovecharon también los que no se habían apartado de lo que podrían llamarse balcones de la conflagración, y que desafiaron las buenas costumbres y se mofaron de los buenos sentimientos, sin que ellos en realidad hubieran tenido derecho a saltar etapas, como los otros, tomando la audacia como pasaporte y ayudando a hacer perder la moralidad universal.

Un mundo más recio, usó medios más recios cada día; un mundo insensible, ebrio de insensibilidad, si pudiera decirse, hizo violentos los caminos del triunfo y el triunfo mismo.

Ciertamente que muy pocos fueron los que se acordaron de San Mateo, cuando dice: "Dichosos los dulces, porque ellos poseerán la tierra..."

Y la tierra se conquista mejor que por la fuerza de la violencia, por el amor, que también es una fuerza. Se logra más por medios de convicción que de agresividad, por la grandeza de saber oponerse sin herir, de sostener la firmeza de las ideas y de los derechos, como los mártires, muriendo. Porque

el que mata, aún por un ideal, no vence, y vence el que muere cuando es preciso.

Así el martirologio de los primeros cristianos dió perduración a ideas, a convicciones y derechos, como no los ha dado nunca ninguna guerra. Y lo hizo sin agitar la paz, quebrando la espada con la cruz, y logrando con su breve destino humano. la estabilización de su fe por siglos y siglos y sin duda hasta los confines del hombre.

Que sirvan pues los bienintencionados, si no quieren defraudar al mundo. Porque los buenos sentimientos, los buenos pensamientos, exigen su correspondiente misión. Y, ¿quiénes en mejores condiciones para hacerse cargo de la noble y difícil tarea, que los cristianos?

¿Su fe de cristianos no los obliga a procurar, o a estimular, por lo menos, la pacificación, la moralización y el ennoblecimiento, de la sociedad?

Y no es admisible que estén, desde luego, como lo demás, en la lucha de los intereses. Desvirtúan su calidad cristiana, su posición cristiana, al colocarse afanosamente en los sectores utilitaristas, al ofuscarse en la política ventajera, al dedicarse a la mareadora o dramática pendiente de las ganancias económicas, guardianes junto a sus arcas, curvados sobre los libros de caja, en el fondo de ellos mismos quizá cautivos de sus sarcásticas riquezas, de sus compradas aureolas, de sus falsos derechos. Como San Jerónimo, escuchándolo, siguiéndolo, debieran decirse todos los auténticos, los seguros creyentes: "Dejemos a los demás gozar de su riqueza, beber en una copa exornada de piedras preciosas, engalanarse con sedas resplandecientes, saciarse con los aplausos de la muchedumbre, sin que la variedad de los placeres consiga agotar sus tesoros; pues las delicias nuestras consistirán en meditar día y noche la Ley del Señor, en golpear a la puerta hasta que se abra, en recibir de la Trinidad la mística limosna de los panes, y andar guiados por el Señor. . ."

Y esa posición aceptada, adoptada, por millones de seres ¿no influiría ahora mismo todavía en las costumbres de los otros? ¿No harían más severas sus prácticas, más nobles y prudentes los rumbos, más hermosas las aspiraciones, aun las de aquellos, que no supieran llegar a la esperanza celeste?

Corresponde a la voz cristiana pues, hablar a los extraviados para poner luz en su ignorancia, o vencer su terquedad. Porque si es la voz más pura, ella es la que tiene facultad para dar una justicia de alcances dichosos, una paz que en el alma represente como un milagro de perseverancia, y que sea norma, y espíritu que se propague y venza.

San Francisco pedía con precioso fervor: "¡Señor, hazme un instrumento de tu paz!"...

Cada cristiano debe aspirar a ser un instrumento de paz. La fe lleva como a una matemática de la paz. Lleva en sí las propiedades de la paz, y, en la hora histórica que estamos viviendo, podemos tenerla por una síntesis de la paz.

Con claridad de visión, así, un político americano dijo que, hoy, las iglesias y las escuelas, son las únicas fuerzas que pueden oponerse al azote de la guerra, añadiendo que, "para que haya paz, los hombres tienen que regresar a Dios". Y, con igual convicción, Roosevelt exclamaba en su hora: "La paz reinaría en el mundo si se siguieran las enseñanzas de "El Sermón de la Montaña"...

Pero, ¿es que el mundo quiere paz? ¿Ha probado querer paz?

Ya, cuando Dante, a fines de su Edad Media, buscando una armonía entre los países, propuso que todos se agruparan bajo el signo de la cristianidad, no fue escuchado. Ni se le siguió tampoco en sus planes de limar los conflictos europeos,

reuniendo al continente en un haz de naciones. Y fracasó así las dos veces que se propuso pacificar.

Fue entonces cuando desanimado, se dispuso a tomar el camino de la soledad, subiendo la cuesta de los Apeninos, en busca de un convento. ¿No habían parecido sus proyectos, sus sueños, fantasías imposibles? ¿No los habían desdeñado los que usaban la rudeza del mando, los que esperaban vivir la bárbara venganza, o tenían gustos y hábitos guerreros, que ya eran tantos? Y, acaso él se dijo que, si así era el mundo, había que alejarse del mundo.

¿Vestiría para siempre el pardo sayal y el capuchón monjil?...

Quizá monologaba decepcionado cuando se encontró frente a la puerta hermética de la austera pared de piedra. Iba avanzando la noche, en él y a su alrededor, y era casi una sombra entre la sombra, cuando dió su primer aldabonazo. ¿Lo hacía con vocación de poeta, con el corazón heroico, con la conciencia decidida?...

Aquellos patios, aquellas celdas, posiblemente guardaban su anhelo de paz.

Su llamado repercutió por todas partes como un eco en la hora desierta. Pero el hermano portero, sin abrir todavía, quería indagar preguntado con voz escandilada, si era alguno que se había perdido, o que huía perseguido ¿Acaso era un ángel, dispuesto para la sublimidad de aquella vida, y que iba en busca de Dios?...

Dante contestó con una única palabra, con una palabra elocuente, a las atropelladas preguntas. Pedía ¡Paz!

Sólo quedaría paz, únicamente, paz.

En medio del incendio de los odios, quería paz.

¿A qué renunciamiento llegaría?...

Porque renunciar es uno de los medios de llegar a la paz.

Tiene paz el que renuncia a orgullos, a ambiciones, a

exigencias, sobre todo, a deseos, a beneficios, a conveniencias, y quizás hasta a derechos. Porque, si renunciar es irse despojando, también es irse purificando. De ahí que en cierto momento los obispos americanos hablaran de la necesidad de aprender a renunciar. ¿No es el medio al fin, de acercar, unas almas a otras?...

¿Renunciar no significa suprimir actitudes que son como alambrados de púas?

Y renunciar es así en efecto, un camino de paz.

Mohandas Karanchard Gandhi, siguiendo otros caminos, halló la no violencia para combatir la violencia. Y así la combatió. Daba al mundo con ello una disciplina moral. Y, en un momento álgido de fuerza, ese término que pudo parecer suicida, sonó como una aurora contra el crimen de las armas y la locura de las guerras.

Pero, ¿es que renunciaba a las nobles aspiraciones, a las libertades, a la justicia, que ponían en embullición a su púeblo? No. Su actitud era firme, aunque suave, y apóstol de la paz, proclamaba los derechos fundamentales, las necesidades urgentes, los ideales permanentes, pero sin admitir que por ello corriera sangre.

Y el mundo admiró su evangelio de amor, como el otro; admiró la suavidad con que presentaba su fuerza; la sinceridad de su prédica, la pureza de su palabra, la claridad de su justicia.

Y admiró también esa vida magnífica, en consonancia con sus discursos. Admiró la austeridad de esa voz, que, como susurro hablaba a los hombres y se imponía a los hombres, a los humildes y a los encumbrados, a aquellos que lo rodeaban y a los más distantes. Admiró su presencia casi transparente, asombrosa de fuerza y de devoción, de idealismo y de realidad.

Predicaba amor hacia todo lo que vive. ¿No significaba ya trastornar un mundo en el que impera la ruindad, y está ganado por todas las flaquezas?

Por eso algunos hubieran querido que no hablara; pero sin embargo aterraba que, con su obstinada voluntad, diera un día al mundo su silencio.

¿Qué idealismo nuevo, o renovado, presentaba en ese momento quien se proponía también vencer sin armas, sin violencias; pero, eso sí, señalando los derechos de la justicia, dignificando las normas de la fuerza, y ejerciendo su prédica con amor?...

Ya Lao Tzse había dicho muchos siglos antes que "las cosas blandas vencen a las duras."

Pero primó en el mundo el odioso sentido de conquista, el espíritu de combate, y cuando debió aceptar las bellas soluciones de paz de aquel conductor, no lo hizo.

Despertó admiración, respeto, tal vez veneración; pero para obedecerlo, para seguirlo sin intereses especiales, tenían que encontrarse hombres, y pueblos, más que hombres, que amaran la paz "desesperadamente", como se dijera que la amaba Kempys.

Y la paz es amada a medias, solamente a medias.

Además, hay que reconocer que, para quienes esperan todo de su poderío, aquella dulce no-violencia, equivalía a doblar la rodilla en medio del combate.

Para muchos las armas son las que respaldan sus airadas voluntades. Y ganados los corazones y las mentes por un sentido de amor y de justicia hacia toda la humanidad, ¿no hubiera sido taladrar su poderío y aminorar la reciedumbre de sus defensores?

¿Acaso no se piensa que son los sentimientos duros los que hacen invulnerables a los pueblos, y que las crueldades, para ellos necesarias, sirven ya de lanza, ya de muralla?

Por eso no se escribe nunca en la cartilla del ciudadano que "es más viril el perdón que el castigo"; no se dice a los ejércitos "que hay que cultivar el tranquilo coraje de morir

sin matar", ya que ese idealismo, esa convicción, esa seguridad, resultarían impresionantes y provocarían la defoliación de los ejércitos. Al contrario, se prepara a los pueblos, y se les educa para el papel de victimarios. Y ninguno admite con el pacifista hindú, que, no hay que oponer a los que contra ellos se levantan sino la copa del amor, como lo predicara y lo hiciera.

Asimismo, ¿qué ilusión terrible es la que incita a querer la matanza? ¿Por qué se prepara tan empeñosamente para la lección criminal de la guerra?

Un proverbio antiguo dice que nadie pelea con quien no pelea. Y estamos viviendo una época en que se educa a los pueblos para la lucha.

¿Es que el bienestar de todos debe madurar con sangre?

Así, cuando después de las dos guerras mundiales, se quiso apartar de la miseria y del desamparo a los niños huérfanos, para adoptarlos en los distintos países, salvándolos de una segura depravación, los pueblos que debieron agradecer ésos actos de humanidad, no los aceptaron. No quisieron que aquellas criaturas sufrientes recibieran los beneficios de la generosidad, de la cultura, del hogar y de la ciudadanía, que se les habría otorgado, y alguien, tal vez indiscretamente, aludió a que esos niños debían ser los soldados del futuro.

Las cenizas del dolor no habían conseguido apagar todavía las brasas.

Se pensaba recomenzar.

¿Hay tanto odio en la tierra?

¿O solamente existe ese mórbido tono de cosas porque los intereses de algunos, en aludes, invaden toda aptitud de florecimiento, de gracia y de amor?

Sin embargo, hay que decir ¡basta! Y no seguir preparándose para el honor del combate, y sí para el placer y la

necesidad de hacer bien. Confucio, ya otras veces citado, hablaba de educar diciendo al niño: "Sé un buen hijo, un buen hermano y un buen amigo, y si te queda alguna energía después de seguir esa conducta, estudia en los libros"...

Evidentemente, el mundo sería bueno, si tomara ese camino sabio y dulce. Sería bueno si escuchara a San Agustín que dice de enseñar a "no hacer mal uso de los bienes". Así no serviría el talento para fines criminales, para planes desvastadores. Se sentiría y amaría la grandeza de la bondad, la superioridad de la rectitud. Y la educación moral sería la preocupación primera de los educadores. ¿Es que los lacedemonios que, pensaban así, no enseñaban ética antes que todo otro conocimiento? Y es error proceder a la inversa. ¿Acaso no es preferible la ignorancia al conocimiento dado sin moral y que se utiliza entonces siempre para multiplicar males?

De ahí que un director de la Sorbona, que palpaba el actual desastre, propusiera que los profesores se constituyeran en cierto modo, como en directores de almas.

Sabía de la fuerza de la conducta moral en los hombres y en los pueblos, de la necesidad de elevar los espíritus, de la urgencia de crear ideales, bellos ideales.

Alguna vez Rodó habló también de la ley moral, como de la estética de la conducta.

Pero ¿es que debemos olvidar que Sócrates mismo, decía ya que la virtud se aprende?

Y una virtud que se aprende, una moral que se aprende, y una grandeza de alma, que también se aprende, pueden salvar al mundo. Pero hay que enseñar entonces a alcanzar una conducta rectilínea, purísima, que haga buscar la elevación, y enseñar a seguir sus severas vías.

Por esos medios transparentes el mundo tendría paz. Querría tener paz. Y tendría paz, porque la estaría constru-

yendo con cada paso que diera. que vendría a ser como de tránsito hacia la concordia.

Y ¿cómo habrían de destemplarse las cosas hóstiles, si se pensara como en un honor, como en una gloria, en integrar esa fuerza creadora de bien?

Pero para ello hay que tonificar las energías sanas del individuo, y darle la sensación de fracaso y de inutilidad cuando así no lo haga. Y hay que preparar para la espontaneidad del bien, y no sólo para su perseverancia. Porque el ímpetu importa tanto como el esfuerzo sostenido. Y esto tiene que ser como esculpirse un ideal.

Termier, el célebre geólogo francés, que estaba maravillosamente dotado para las cosas del espíritu, decía: "Yo nunca he pedido para mis siete hijos abundancia de los bienes de este mundo; pero he rezado para que lleguen a ser santos"...

Evidentemente no es común que los padres hablen ási. Poseedores de todos los orgullos de la tierra, preparan para seguir una vida orgullosa. Están en el materialismo, y como consecuencia de esa posición, en la intolerancia y en la rivalidad. No dan una educación que tienda a la perfección, a la purificación. Su ética misma es dura, su justicia es fría, su sentido de la libertad es airado, altanero, jactancioso.

¿Es que algunos de esos padres se animarían a recomendar a sus hijos, como en el Evangelio de Sward, que no cometan nunca represalias por las injusticias y ofensas sufridas? ¿No suponen más bien que con tolerancia, con bondad, con perdón, se colocan en desventaja? ¿Aceptarían acaso, aquel pensamiento de Buda, con el que mostraba cómo hay que rechazar toda brusquedad, toda ofuscación, sosteniendo que "no contestar a una injuria equivalía a no aceptarla, como el regalo que al no aceptarse se deja en posesión de su dueño?".

¿Qué cristiano, diría hoy a sus niños, en el instante necesario, que presentaran la otra mejilla?... La mayoría de

los que así se llaman adoptan una actitud de arrogancia. Y pocos están en la actitud precisa para convivir.

Pensemos en los guías ciegos, de que hablara San Mateo.

Cierto es que los que enseñan saben que, como dice el Evangelio, no se cogen uvas de los espinos ni higos de los zarzales. Y que en muchos hay torpeza para aprender. Son mentes cerradas y, quizá por ello, o además de ello, resultan temperamentos difíciles.

Pero hemos de ocuparnos de los individuos comunes, a los que se puede y se debe guiar. Y ha de referirse a ellos, cuando Jules Simón dice, que, educar es la operación por la cual un espíritu forma un espíritu y un corazón a otro corazón.

Sin embargo, últimamente se ha exagerado en la preocupación de no interferir en la modalidad y en las vocaciones, dando una libertad que incita y lleva a la confusión. Ahora pues, un educador, con el pretexto de dar una absoluta expansión de horizontes al educando, ya no se afana por embellecer su alma, ni por ennoblecer su personalidad, ni acaso piensa en acusar dones o limar defectos, o no lo hace con el amor con que el artífice cuida su obra, y esto es culpable.

Y, debe creerse que lo es, si tiene razón Helvecio al sostener que, todos los niños nacen iguales. ¿Las desigualdades son entonces diferencias de educación? Por lo pronto, podría sostenerse que la modalidad familiar, tan acusada siempre, corresponde al clima en que se está viviendo, a las imágenes permanentes que recoge el grupo, y a los ejemplos que presionan con su presencia, y que son posiblemente razones más poderosas, con su martilleo diario, que la misma herencia de la sangre.

Es que no puede negarse de ningún modo, que el ambiente influye dejando impresiones, recuerdos, asombros que perduran largamente y quizá para siempre, como también que la com-

pañía encauza o desvía ¿Cómo no tenerlo en cuenta pues, justamente, en el momento en que los ojos se abren confiados a un mundo que imaginan amigo, y que lo hacen con afectividad y gracia, porque es tiempo como de fragilidad de pájaro, de delicadeza de flor?

Pero toda alba es breve. Y, ¡cómo hay que cuidar para que el recuerdo de ese instante se mantenga intacto y una ilusión dúctil perdure a través de toda la existencia!

Así, ningún sorprendido arrebato, ninguna señal de injusticia, deben quitar el hechizo que se interpone entre la dulce fantasía del comienzo y la verdadera realidad.

Y, desde que es urgente asimismo educar, corregir defectos, para que las criaturas no se hallen luego en conflicto consigo mismas y con la sociedad, han de realizarse los días con tacto, y, prevenir llevando al niño al deber como a un juego, como a una fiesta, entonces con gracia, y no con lágrimas. Por eso hay que adelantarse a los hechos, a las ideas, poniendo en cada frente la estrella de un ideal, y tal vez, también, de un entusiasmo, que no deberá apagarse más.

¿Es que no conviene acaso guiar a los pequeños, como lo hace el prudente jardinero, que pone varas a los tiernos arbolillos para que busquen rectamente el cielo, sin esperar nunca a que los vendavales los abatan?

Posiblemente no se advierte bien hasta qué extremo educar es una misión difícil. No es dar fórmulas ni siquiera aplicarlas, sino adivinar cada conciencia, cada temperamento, el complejo de cada ser, y con fineza retocar aspectos, acentuar

inclinaciones, destacar posibilidades, o trastocarlas, sabiendo que componer el clima no puede ser asfixiar el carácter, que no es dar una sensación de pobreza, de inferioridad, de dependencia, de excesiva y quién sabe si permanente pequeñez. Y que no es abreviar tampoco la alegría de los días despreocupados.

En la infancia la alegría tiene el mismo valor de la salud. ¿Podría entonces no cuidarse? Pensemos que la alegría va a ser la raíz del optimismo, de la confianza en todo, de la simpatía comunicativa y buena; que su recuerdo va a guardarse como un tesoro para los tiempos aciagos, como un remanso, un descanso para la mente, como un consuelo.

Pero pensemos que esa alegría debe seguir caminos rectos. Contiene todas las ilusiones, y las ilusiones son sagradas. Pero han de ser purísimas, para que debamos ayudar a sostenerlas, a fin de que el niño no pierda su corazón cálido, ni pierda la fragancia de su sensibilidad, ni así sus esenciales esperanzas, sus salvadores ideales.

Imaginemos a los educadores con una misión de ángeles custodios, presentes pero casi invisibles. A ellos corresponde preparar los pasos sin que parezca que se ha tocado ni disminuído la decisión de los discípulos, y hasta poniendo alas, pero con esa actitud que, hace su tarea responsable, alerta y grande. Hay que pensar pues en un trabajo de amparo y fomento, de sugestión, de ordenación de conciencias, de acrecentamiento de voluntades. Como timoneles han de llevar sus barcas por entre los arrecifes, la mirada insistente, la actitud benévola y muda, de esperanza y asimismo de cuidado, de atención, que ha de mantenerse hasta entrar en las aguas mansas.

Porque educar es estar fijando y corrigiendo una posición, imprimiendo un empuje propio, evitando un desvío y moldeando una posibilidad. ¿No está el educador siempre ante uno

que quiere experimentar por su cuenta? Y, ¿no hay que ayudar a que esa experiencia, que significa el sueño de haber cortado todas las riendas, haya sido ya prevista y calculada, y que el discípulo ignore que sigue al maestro? Porque si en virtud y en moral, como dijera Yeuh, y el mismo Aristóteles, cuesta más vivir las normas que conocerlas, hay que preparar para que no se sepa que se han aprendido y se vivan como si se vivieran libremente.

Pero, ¡cuánto talento y cuánta afección hay que poner en la lección para que dé frutos! ¡Qué vivo y cautivante ha de ser el relato si se quiere que tiente la voluntad y lleve a la emulación! Y, ¡cómo será preciso dar interés y belleza a esas actitudes opacas y sacrificadas, de tanto valor para la fraternidad del mundo! Porque al heroísmo contagioso de la leyenda y de la historia, habrá entonces que oponer tonificantes actos de una superioridad humilde, simple, pura, que por el embeleso de la poesía, o la limpidez de la religión, concluyan por imprimir en la juventud sus nobles atributos.

¿Acaso importa algo tanto como determinar un camino bello y noble?

Platón decía que un hábito no es poca cosa...

Dispongamos todo para que esos hábitos posean un alto sentido y lleven al mejor destino.

Así, desde la niñez hay que dar el hábito de reaccionar generosamente, con riqueza de buenos sentimientos, con ánimo de paz, con ánimo de amor y de justicia. Y, ¿esta actitud de bien, vuelta ya convicción y necesidad de bien, no irá haciendo posible ese ideal magnífico de la unión de los hombres?

Por lo pronto, ¿no prepara para resolver los asuntos difíciles, como se aconseja en el Libro del Tao, mientras todavía son fáciles...? Porque los asuntos se van haciendo difíciles, cada vez más difíciles, por la malicia que se les va inyectan-

do. Y se van desenvolviendo de modo cada vez más duro. Pues no se buscan nunca ya entonces victorias sociales, ni victorias humanas, y se está únicamente en la rivalidad que apasiona y que enceguece, y que al fin enloda.

Sostenía Kant que la humanidad no debía ser educada para los éxitos de una vida de relación, sino con miras ideales, a fin de constituir una sociedad infinitamente superior.

El concepto es perfecto, ya que así, desaparecida toda comparación, toda rivalidad, se lograría vivir en un mundo profundamente fraterno, y en él sería posible esa era del prójimo, que todos queremos, pero que nos disponemos a construir como a tientas.

Sin embargo, algunos, o muchos, poseemos una gran ansiedad de paz...

Pero la paz precisa de una sutil unión de las almas. No podrá alcanzarse sin un máximo florecimiento de las virtudes, y si no se llega a una altísima valoración de lo espiritual, y sobre todo, no podrá lograrse mientras no sepamos vivir, como pedía San Benito, como si cooperáramos a la acción de Dios.



JUICIOS SOBRE OBRAS DE LA AUTORA

Sobre "A MEDIA VOZ" dijo Carlos Reyles:

"Las cualidades fundamentales del escritor fluyen de sus páginas: fina sensibilidad, facundia raciocinante, sentido de la forma, vibración propia, encanto".

A propósito de "CRISTALIZACIONES", escribió Carlos Vaz Ferreira:

"Sus pensamientos son muy buenos o, a lo menos, me lo hace creer el hecho de que yo desearía que la mayor parte de ellos se me hubieran ocurrido a mí".

La misma obra hizo decir a Gabriela Mistral:

"Usted ha escrito el libro que yo desearía hacer... Déjeme, pues, que se lo agradezca como una discípula... Usted puede ayudar a muchas almas. Me habría gustado hallarla antes para bien de mi pobre alma"...

Y publica "La Revista Javeriana": ..."CRISTALIZACIONES" es una obra nueva en la que la autora logra el prodigio de superar a la anterior... Sus pensamientos son profundos y nuevos. Al leerlos, se cree uno ante Pascal, o ante el propio Marco Aurelio...".

Juana de Ibarbourou dijo de la obra "REYLES":

"Con admiración creciente termino de leer su libro "REYLES", de tal calidad y fuerza, que más parece la obra potencial de un hombre de talento que la recia obra de una mujer de talento... Escribir así una biografía, hacerla amar, es un triunfo sin claroscuro".

Gerardo Gallegos, al hacer un juicio sobre la misma obra, dice:

..."REYLES" es una silueta trazada de mano maestra"...

Y Arturo Capdevilla escribe sobre esta obra:

. . ."Las condiciones de usted para la crítica —lo diré siempre— son extraordinarias. . . Su libro (lo sabe usted mejor que yo) quedará clásico. Es sabio y hondo. Por eso vivirá".

Refiriéndose a "CONTRALUZ", escribió Mario Puccini:

. . ."Todo su libro es poesía: sufrida, verdadera. Pienso traducir algo y espero que toda la obra". . .

Y dijo César Tiempo:

. . ."La delectación prustiana con que evoca la protagonista de "CONTRALUZ" los episodios de su infancia galvanizada de revelaciones definen a un escritor que no tiene nada que aprender. Sensibilidad, cultura, flexibilidad verbal, dominio del color y del matiz y un sentido orquestal de la prosa, señalan la presencia de una personalidad digna de codearse con las más representativas de la literatura contemporánea. Ahora podemos esperar la gran novela que el Río de la Plata debe a América como testimonio de su plenitud. Pocos prosistas, pocos poetas (un poeta que ha colgado los hábitos) más indicados, más preparados, para ofrecer. . . la novela de nuestro tiempo". . .

Y dijo Eduardo Dieste:

"CONTRALUZ" es delicioso. . . En todos sus libros campea la elegancia de estilo y el talento, pero en éste se abre dulcemente como una flor el espíritu de vida y el don de gracia". . .

En su juicio sobre "ALTO CAMINO", Raúl Montero Bustamante expresó:

. . ."De las muchas vidas de santos que conozco recuerdo pocas que estén escritas como ésta con espíritu moderno y, a la vez, con el sentido místico que se halla en los libros ejemplares del género. . . El libro ofrece, junto a la simplicidad de la forma con que está realizado, que sólo puede hallarse en las páginas de *La Leyenda de Oro*, el rigor comprobatorio que podría ser utilizado en una investigación puramente histórica. Además, hay en el libro un sentimiento de ternura y de elevación mística, vigilado todo por el sentido de la realidad, que es propio de almas sutiles, la de Fray Luis, por ejemplo, y sobre todo, la de Santa Teresa". . .

OBRAS DE LA AUTORA:

1931.—"MIS CUARTOS DE HORA". Ensayos. Obra inédita.

1934.—"A MEDIA VOZ". Editorial Alfar. (Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay. (Agotada).

1938.—"ENTRE LINEAS". (Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay). Traducida al alemán y al holandés. (Agotada).

1940.—"CRISTALIZACIONES". (Premio de Honor en el Concurso de la Biblioteca de Matanzas, Cuba. (Agotada).

1943.—"REYLES". (Biografía y estudio crítico de la obra). Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay. (Editada por la Biblioteca de Cultura Uruguaya).

1944.—"ANTOLOGIA DE POETAS ARMENIOS". (Aprobada y editada por el Centro de Estudios armenios del Uruguay).

1948.—"VARELA, EL REFORMADOR". Segundo Premio en el Concurso de Biografías de José Pedro Varela, de 1946, de la Dirección de Instrucción Pública y Normal del Uruguay. (Agotada).

1948.—"CONTRALUZ". Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

1955.—"ALTO CAMINO". La vida de San Antonio María Claret, editada por la Congregación de Hijos del Inmaculado Corazón de María.

PARA PUBLICAR

"Perfiles de bronce".
"Gris".
"Cómo conocí a . . .".
"Meditaciones".